

# ¡Ay, amor!

MÓNICA VORCHHEIMER\*

En estos tiempos de apertura sexual, ¿existe el amor?

“(...) vemos reducirse la influencia perjudicial de la cultura a una coerción nociva de la vida sexual de los pueblos civilizados (o de los estratos sociales cultos) por la moral sexual cultural en ellos imperante”.

FREUD, 1909<sup>1</sup>.

**E**n primer lugar, quiero agradecer a la asociación de Guadalajara por esta invitación que me honra y que me ha tenido inquieta durante los últimos tiempos. Es que, al proponer un título como el sugerido para este Simposio, estructurado con base en una pregunta —“¿Existe el amor?”—, me he encontrado lidiando con mi Superyó, que me decía que se esperaba de mí “la” respuesta. O “una” respuesta, o al menos “alguna” respuesta.

Como cuando me encontré con el post en Facebook anunciando este evento y que decía: “¿El ‘verdadero amor’ será válido en el poliamor? Descubre la respuesta en nuestros próximos eventos: Bar de Freud y simposium anual”.

Admito que esto condujo a otra noche de insomnio. Y entonces pensé: “¡Ay, amor!”. Y me di cuenta de que esa expresión mentaba dos cosas que, a mi entender, se encuentran indisolublemente soldadas en la experiencia del amor y exclamadas mediante la interjección del título con el que encabezé esta presentación: la sorpresa y el dolor. Y sin ánimo de evadir la responsabilidad al que este convite me desafía, debo decirles que me vi embrollada más en una multiplicación de preguntas que en el hallazgo de respuestas. Aun así, sirva esta advertencia no tanto como una apelación a vuestra tolerancia, sino también como un modo de compartir con ustedes, además, mi manera de entender el psicoanálisis ya sea como trabajo de pensamiento y como tarea clínica, cuya riqueza radica, a mi entender, en un incesante espíritu de interrogación.

Lo que quiero compartir con ustedes es el recorrido que fui haciendo pensando el tema y que espero que funcione como disparador

\* Mónica Vorchheimer  
Psicoanalista en función  
didáctica de APdeBA  
Asociación Psicoanalítica  
de Buenos Aires

monicavorchh@gmail.com

<sup>1</sup> Freud, S. “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, p. 166. O.C., T. IX. Amorrortu Ed.

para las discusiones que seguiremos teniendo a lo largo de este Simposio. Quizás, influenciada por el tema del próximo congreso de FEPAL —“De-construcciones y transformaciones”—, me vi envuelta en un intento de de-construir el tema de este Simposio.

## 1. En tiempos de apertura sexual, ¿existe el amor?

El título del Simposio contiene dos partes; la primera pregunta que me surgió es cuál es la relación entre estas dos proposiciones. Una primera presunción es que la primera proposición —en tiempos de apertura sexual— contextualiza la segunda, que es la pregunta acerca de la existencia del amor. No es cualquier pregunta acerca del amor, sino aquella que la ubica en estos tiempos cualificados como de apertura sexual. Hay acá toda una definición de estos tiempos como aquellos de apertura sexual, de modo que debemos ir por partes.

### 1.1 Tiempos

Deberíamos entonces definir qué entendemos por tiempos, por estos tiempos, por apertura y por una apertura sexual.

Y si hablamos de **tiempos**, enseguida evocamos a Agamben<sup>2</sup> con sus reflexiones acerca de lo contemporáneo: “¿De quiénes y de qué somos contemporáneos? Y, sobre todo, ¿qué significa ser contemporáneos?”. Agamben remite a Nietzsche, quien afirma que pertenece realmente a su tiempo —es contemporáneo— aquel que no coincide perfectamente con éste ni se adecua a sus pretensiones y es, por ende, en ese sentido, inactual, está desfasado; pero justamente por eso, a partir de ese alejamiento y ese anacronismo, es más capaz que los otros de percibir y aprehender su tiempo.

---

<sup>2</sup> Recuperado de <https://goo.gl/XizA7C> (Consulta: 17 de junio de 2018).

Bellamente, Agamben nos dice: “Contemporáneo es aquel que mantiene la mirada fija en su tiempo, para percibir no sus luces, sino sus sombras. Todos los tiempos son, para quien experimenta su contemporaneidad, oscuros. Contemporáneo es quien sabe ver esa sombra, quien está en condiciones de escribir humedeciendo la pluma en la tiniebla del presente”.

Como lo evoca el afiche que han diseñado para este encuentro, en el que aparecen unos anteojos que en el video publicitario se acercan, se alejan, hacen foco, se desenfocan; podemos decir con Agamben que contemporáneo es aquel que percibe la sombra de su tiempo como algo que le incumbe y no cesa de interpelarlo; podríamos decir, en los términos del diseñador gráfico, algo que nos desenfoca.

Entonces nuestro Simposio nos demanda ubicarnos en una posición de anacronismo que nos permita aprehender nuestro tiempo en la forma de un “demasiado temprano” que es, también, un “demasiado tarde”, de un “ya” que es también un “todavía no”. Paradoja, si la hay, hablar “en tiempos de” a sabiendas que estaremos ya, de algún modo, en un tiempo fuera del tiempo, en un “demasiado tarde” que es un “todavía no”.

Hay en el título, que contextualiza la pregunta sobre el amor, una sabiduría implícita, por cuanto toda forma de amor es sensible a su tiempo, a la cultura ambiente. Cada civilización se distingue por el modo en que estructura su relación entre los sexos. Y en estos tiempos, al menos en Occidente, en nuestras sociedades, liberales mercantiles y capitalistas, lo “múltiple” se abre camino a gritos.

### 1.2 Apertura sexual

Prosigamos con la invitación que convoca a definir estos tiempos como de apertura sexual. Como he podido acceder a la cocina del título, recuerdo que originalmente se había planteado otro título que versaba

“En tiempos de diversidad sexual...”. Me pregunté por qué este cambio, y si la modificación implicaba un cambio de perspectiva, una ampliación, una salida del terreno de las discusiones actuales sobre géneros, en muchos casos abrevando en terrenos políticos. Si éste fuera el caso, la relación entre ambas proposiciones del título ya no sería tan sólo la de la contextualización de la pregunta acerca del amor, sino que quizás insinúa algún tipo de creencia acerca de que estos tiempos —en los que se sustituyó y desplazó la cuestión de la diversidad sexual por la de apertura sexual— ponen en duda la existencia del amor.

¿Es que la apertura mentada excede la diversidad sexual? ¿Y sexual se refiere a las prácticas sexuales, a las psicosexualidades, a las sexualidades, a los modos de relación entre los sexos? ¿Apertura de quién y hacia qué?

El afiche con movimiento, con el que se ha difundido este Simposio, nos sitúa en un punto de vista mediatizado por un par anteojos, evocando el dicho que dice: “Todo depende del cristal con que se mire”. Las gafas enfocan y desenfocan signos femeninos y masculinos que se van presentando de a uno, que se encuentran aislados, luego se aparean de modos diversos, se aglomeran dentro de un corazón colorado que los contiene a todos para finalmente detenerse en la creación de un nuevo símbolo. Evocación de género, de parejas de diversa composición, de modos de relación entre los sexos y de estar en el amor-corazón. En el énfasis en los grafismos, que identifican el género femenino y masculino, me pareció encontrar en el diseño gráfico un retorno de lo que fue excluido del título original que hacía referencia a la *diversidad sexual*, trocada ahora por *apertura sexual*, cuando allí se nos presentan esos signos en sus combinaciones múltiples.

Sin desmerecer el campo de estudio de la diversidad sexual, pienso que como psicoanalistas nuestras reflexiones sobre

el amor deben incluir en esta contemporaneidad no sólo los modos en que el amor se realiza —o no— de acuerdo al encuentro entre los sexos; somos convocados a considerar asimismo el impacto de la búsqueda amorosa a través de las citas exprés, de aplicaciones como Snapchat, Tinder, Grindr, Instagram, Telegram, todo un abanico de recursos tecnológicos que mediatizan el encuentro amoroso<sup>3</sup>; no podemos ignorar el peso de las redes sociales, el *sexting*, el llamado poliamor, en fin, una profusión de escenarios amorosos alternativos, sucesivos, incluso simultáneos, más allá de la definición de los sexos, que también instituyen marcas de época.

Como recordaba, en el devenir del título del Simposio, hubo un deslizamiento desde *diversidad* a *apertura*, probablemente con acierto, para evitar que nos centremos en discusiones de orden político — como lo son muchas de las controversias alrededor de la problemática del género— y focalizarnos en qué puede decirnos el psicoanálisis.

¿Es que puede lo sexual ser otra cosa que diverso, si aceptamos con Freud que, para el humano, a diferencia de lo que ocurre en el reino animal, el objeto de la pulsión es siempre contingente? Esta contingencia dota a la experiencia amorosa de sus más diversos escenarios, tan irracionales ellos a veces que sospechamos incluso de su verosimilitud.

Es quizás esta diversidad de las prácticas amatorias la que nos conduce a interrogarnos por la noción de apertura, y

---

<sup>3</sup> “Transmasculino. Berdache. Andrógino. Neutrois. La lista sigue (de hecho, hay 37) y es la que propone la *app* de citas Tinder para que una persona se defina, desde el punto de vista de su género, frente a los demás. Desde que se instaló fuertemente el tema de la identidad, ha habido un acuerdo social casi unánime para salir del binomio hombre/mujer, que resultaba obsoleto y discriminatorio, e incluir otras orientaciones que den cuenta de la multiplicidad de identidades en torno a la cuestión de género” (*La Nación*, 2/12/17).

tan pronto queremos asir esta apertura somos advertidos por lo que yace a su sombra: la idea de cierre, de clausura. Sabemos, como psicoanalistas, que el término *apertura* bascula con *represión* (sustitución y desplazamiento); apertura es aquello que traspasa las prohibiciones, que implica habilitación, permisos, falta de condena del Superyó, ese emisario cultural. ¿Es nuestro tiempo uno contrario a la represión? ¿O deberíamos además hacer bascular la mentada apertura no sólo con la represión como mecanismo de formación de síntomas, sino también con la desmentida y la escisión del Yo?

Todos los tabúes son epocales. Pero nuestra era de la transparencia y de la intimidad como espectáculo parece querer borrar del imaginario social la dimensión misteriosa y enigmática del amor y la sexualidad. Si se han estrechado los terrenos prohibidos, acaso nuestra época “de aperturas” haya creado sus propios tabúes, sus propias represiones. Me pregunto si la caída de muchos tabúes de antaño referidos a lo sexual no habrá hecho recaer los tabúes en el terreno del amor. El sexo como deporte pareciera hoy haber obtenido carta de ciudadanía, pero ¿y el amor?

\*\*\*

Pasemos ahora, luego de haber recorrido la inquietante relación entre las dos proposiciones del título que nos convoca, a la pregunta sobre la que se interroga este Simposio.

## 2. ¿Existe el amor?

Nuevamente me encuentro exclamando: “¡Ay, amor!” ante esta pregunta que es existencial. Al poner el amor entre signos de pregunta, vislumbro un aire de sospecha, y me encuentro susurrándome si existe alguna seguridad en el terreno del amor. Más aún, se nos invita a interrogarnos por la existencia y no por el ser del amor y, tal

vez, he allí un esbozo de respuesta. Es que del amor sólo podemos saber de su existencia en tanto experiencia, pero poco y nada podremos decir de su ser. ¿Será que no hay nada esencial en el amor sino sólo de su experiencia? El amor es literario; el amor es narrativo. El amor es eso que nos contamos del amor. Y en ese sentido, el amor es aquello que nos inventamos acerca del amor. De eso saben los escritores que buscan en el lenguaje y sus metáforas un modo de decir lo indecible del amor. Escuchemos a Cortázar:

Amor mío, no te quiero por vos ni por mí ni por los dos juntos, no te quiero porque la sangre me llame a quererte, te quiero porque no sos mía, porque estás del otro lado, ahí donde me invitás a saltar y no puedo dar el salto, porque en lo más profundo de la posesión no estás en mí, no te alcanzo, no paso de tu cuerpo, de tu risa, hay horas en que me atormenta que me ames (cómo te gusta usar el verbo amar, con qué cursilería lo vas dejando caer sobre los platos y las sábanas y los autobuses), me atormenta tu amor que no me sirve de puente porque un puente no se sostiene de un solo lado (J. Cortázar, *Rayuela*, cap. 93).

Desde Freud en adelante se ha dicho tanto sobre el amor. Que el amor está marcado por la ambivalencia, por el narcisismo (ama a tu prójimo como a ti mismo), por la lógica edípica; que se diferencia del deseo, que el primer objeto de amor es la madre y todo hallazgo posterior no es otra cosa que un intento por hallar ese objeto primario de amor, que la compulsión de repetición es partícipe de las vicisitudes que experimenta la vida amorosa; que el estado del enamoramiento muestra el predominio de la libido de objeto en detrimento de la libido del Yo (“Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar”); que la persona —objeto— de la cual el sujeto se

ha enamorado está en el lugar de su ideal (la dependencia respecto del objeto amado rebaja el sentimiento de sí, el que está enamorado, está humillado), que un enamorado es como un hipnotizado...

Me interesa, en la genealogía de las ideas psicoanalíticas, detenerme en Klein y sus seguidores, porque ella colocó en el centro de su metapsicología la dualidad pulsional amor—odio. Klein, a quien no se le puede exigir ni la belleza de la escritura que caracterizaba a Freud ni el rigor metapsicológico de éste, tuvo la virtud, a mi entender, de situar el amor en el centro de la vida emocional y de incluir algo que, creo, es inherente a la experiencia del "ay, amor": el dolor.

Klein nos enseñó que el amor lucha a capa y espada contra la destructividad. Nótese, como lo sugiere Etchegoyen, que Klein ubicará como base del conflicto psíquico la tensión permanente entre la capacidad de amor —la generosidad y gratitud— en oposición a los ataques destructivos de la envidia, esa fuerza que opera atacando precisamente al objeto bueno. El amor por el objeto, nos dirá, conlleva a un tipo de relación en la cual se deponen las ansias narcisistas de posesividad y control. La relación amorosa es aquella en la que el Yo se responsabiliza por el objeto, por los daños infligidos a él. ¡Ay! ¡El amor duele porque hemos causado dolor! Allí entonces se ponen en marcha mociones reparatorias. Únicamente tolerando la des-posesión narcisista es posible conceder al objeto libertad. Sólo entonces el objeto es reconocido como objeto, como no-Yo, implicando ésto una elaboración del narcisismo, del egocentrismo egoísta del *self*, del ideal de perfección. Y esto no es sin dolor.

Reparemos en la dimensión ética del amor: reconocimiento de la alteridad, responsabilidad frente al otro, capacidad de contener las ansias posesivas y de soportar el dolor mental y la dimensión de libertad, toda una axiología sustentada en la

experiencia amorosa cuya pre-condición es la integración del sí-mismo y del objeto, y cuyo corolario es la mitigación del odio por el amor, reduciéndose así la violencia de los impulsos destructivos.

Amar y ser capaz de recibir amor son ambos el correlato del sentimiento de comprensión y de ser comprendido. El amor produce un goce que siempre está ligado a la gratitud; si ésta es profunda, incluye el deseo de retribuir la bondad recibida y representa así la base de la generosidad. La capacidad de gozar constituye además la condición previa necesaria para cierta medida de resignación, la cual permite gozar de aquello que resulta accesible, sin sentir una avidez desmesurada con respecto a gratificaciones inalcanzables ni un excesivo resentimiento frente a la frustración.

Meltzer agrega una nota interesante al tema que nos convoca, al afirmar que el verdadero sentimiento amoroso que despierta gratitud es el reconocimiento de que uno ha sido tratado acorde a sus necesidades (y no a su valor).

Al describir el conflicto estético, nos invita a incluir que la dimensión del amor es también fuente de creatividad y de imaginación. El bebé y su madre tienen una disposición —inherente al ser humano— para percibirse bellos en un nivel de reciprocidad estética que representa la matriz de las experiencias estéticas; el impacto estético del bebé frente al exterior bello de la madre, así como el impacto estético de la madre ante su bello bebé, demandan de la dupla tramitar mediante conjeturas imaginativas esa dimensión misteriosa que trasciende la belleza exterior, para dar pie así a la interioridad. La fascinación amorosa inicial del enamoramiento es de base estética y, luego, secundariamente erótica. El sufrimiento que produce la existencia del conflicto estético puede ser eliminado de cuajo por la identificación proyectiva intrusiva que lleva a una certidumbre patológica que implica

la anulación del misterio, su banalización, degradación o violación de la belleza del objeto de amor que exige libertad para ser apreciado. Interesante aporte para tratar de pensar las prácticas amoratorias contemporáneas.

Al incluir el conflicto estético como base de la experiencia emocional, Meltzer, nutrido por los aportes de Bion, resituó la dimensión del deseo ya no sólo como ansias de gratificación (principio de placer), sino como estímulo para el conocimiento. Y en un mismo movimiento, resaltó no únicamente la importancia estructurante del objeto ausente, sino también la del objeto presente, subrayando que en los comienzos el Yo prematuro deberá lidiar con la turbulencia emocional del conflicto estético —vale decir el impacto de la madre bella— para sólo ulteriormente, mediante el trabajo psíquico que demanda contener el misterio y el enigma del interior de la madre, dar lugar a la posibilidad de su ausencia.

Circula actualmente por las redes un video muy contundente que quizá muchos han visto, en el cual se produce un primer encuentro entre un joven y una muchacha; cuando ella le pide sus datos para agregarlo a Facebook él le dice que no está en las redes; ella desespera: "¿Cómo voy a saber qué hizo el año pasado, a dónde fue de vacaciones? ¿Qué le gusta?". ¿Y el misterio? ¿Y la curiosidad vera? ¿Qué nos dice este video del encuentro amoroso en estos tiempos? ¿Qué nos dice de esa fuerza pulsionante que busca el objeto precisamente porque, como dice Cortázar, es escurridizo, "porque en lo más profundo de la posesión no estás en mí, no te alcanzo (...)", porque ese interior es misterioso y es necesaria la paciencia, el tiempo, la demora y la incertidumbre para conocer que no es posible conocerlo...?

Permítanme volver a Meltzer para recordar su comprensión de que, así como la sexualidad infantil polimorfa es juego, la sexualidad adulta es trabajo; el trabajo

que demanda la acción de las funciones reparatorias del coito. Amor y reparación. Es una relación internamente compleja en la que se ha integrado la bisexualidad, de modo que los aspectos femeninos y masculinos de cada miembro de la pareja permiten una intensa intimidad con el otro, tanto por procesos introyectivos como por procesos proyectivos modulados que implican una comunicación sin control ni dominio. El amor exige el reconocimiento de las diferencias, que no son anatómicas, aunque utilicemos la jerga anatómica como paradigma de las diferencias. Diferencias, entiendo, significa no lo que le falta a uno y tiene el otro —como mal se comprendió el tema de la castración fálica—, sino que implica que quiero lo que no poseo, que no soy yo. El amor implica el reconocimiento de que Yo no es el Otro, y que el Otro es no-Yo.

Sabemos que el amor puede ser dependiente de aspectos adultos o infantiles de la personalidad, o bien puede ser visto —en términos de Bion— como la participación en un vínculo de mutualismo y comensalismo, lo cual lleva a una lógica de cooperación o, por el contrario, como simbiótico y parasitario, lo que lleva inevitablemente a climas de confrontación. Es sólo cuando el centro del sentido de la identidad gravita en el *self* adulto, que son posibles experiencias íntimas en las que la sinceridad tiñe el clima emocional. La sinceridad que implica decir lo que se quiere decir y querer decir aquello que se dice (*to say what you mean and to mean what you say*).

François Jullien, desde otro campo, se interroga: "¿De qué es 'deseo' entonces el deseo sexual? ¿Es deseo de satisfacción libidinal (la descarga) o bien deseo de lo íntimo (la apertura de un adentro compartido)? En lo que se llama la 'penetración sexual', ¿qué es 'penetrar'? (¿'Qué' se penetra?) ¿No podría la satisfacción sexual ser sólo el pretexto o la apertura del deseo de lo íntimo?". Ingresar en lo íntimo es renunciar a objetivos con respecto al otro,

despojarse de estrategias. La condición de posibilidad de lo íntimo se debe simplemente a que se esté el uno junto al otro, sin intención sobre el otro.

Me parece una referencia interesante pensar el amor como experiencia de lo íntimo, ya que la hace independiente de la identidad de género de los *partenaires*. Y en esta línea vuelvo a Meltzer para recordar su distinción entre los polimorfismos perversos infantiles y la perversión como cuadro clínico; si la sexualidad adulta se construye por identificación introyectiva con una escena primaria buena, libidinal, amorosa y reparatoria, la perversión, en cambio, se construye por identificación intrusiva con los componentes de una escena primaria mala, tanática (Meltzer) subvirtiéndola cualquier experiencia de intimidad (Jullien).

Pienso que la complejidad de los temas desarrollados por los autores mencionados resulta de gran fecundidad para comprender fenómenos que hoy están a la orden del día en el amor tipo *touch-and-go*, entre otros. Tal vez sea un error llamar a estas experiencias, “experiencias amorosas” en la línea de lo que venimos planteando, ya que podemos preguntarnos si, aunque fallidas, esta fenomenología de los vínculos contemporáneos está al servicio de la búsqueda amorosa o, por el contrario, son un dispositivo de huida frente a la complejidad emocional que demanda el amor.

Por eso es difícil concebir la experiencia amorosa sin la interjección del “¡Ay!”, reitero: sorpresa y dolor. Si el amor marca una transición del azar al destino, y demanda su duración, comprendemos que sea tan peligroso porque demanda el coraje que implica lanzarse al riesgo, a diferencia de muchas prácticas amatorias de la actualidad que parecen aspirar al “riesgo cero”. ¡Recordemos la elocuente desesperación de la joven del video que les mencionaba, al descubrir que su chico no usaba las redes sociales!

¡Y es tan limitada nuestra capacidad de tolerar dolor!

### 3. La pregunta y su contexto

Volvamos por último a la pregunta y su contexto: **“En tiempos de apertura sexual, ¿existe el amor?”**.

No podemos desconocer que toda forma de amor es también una forma cultural. Ya nos lo enseñó D. de Rougemont en su texto *El amor en Occidente*<sup>4</sup>, en el que aprendemos sobre sus formas a lo largo de la historia. Sin embargo, en una entrevista reciente, Colette Soler<sup>5</sup> decía algo interesante:

Las configuraciones actuales están menos determinadas por el discurso, menos instituidas. En la época clásica, las formas del amor eran bien modeladas. Cada discurso daba una definición de lo que era el amor. Ahora, el capitalismo no se ocupa del amor de ninguna manera porque se ocupa sólo de lo que se compra y de lo que se vende. Las formas son múltiples y más contingentes. Dependen más del encuentro, de la coyuntura.

La afirmación de C. Soler coincide con lo sugerido por J. Kristeva cuando nos dice que “las delicias y las angustias de la libertad se agravan hoy por el hecho de no tener códigos amorosos: no hay espejos estables para los amores de una época, de un grupo, de una clase” (2004, p. 4)<sup>6</sup>. Sin embargo, me pregunto si estos tiempos no estarán igualmente teñidos de un discurso cultural, aunque éste a veces trivialice el discurso amoroso; ¿acaso el amor no sigue siendo el sueño de hombres y mujeres, aun cuando hayan desaparecido

<sup>4</sup> Denis de Rougemont (1979). *El amor y Occidente*. Ed. Kairós.

<sup>5</sup> Recuperado de <https://goo.gl/ZW2U4n> (19/10/2017).

<sup>6</sup> Kristeva, J. (2004). *Historias de amor*. Siglo XXI: Bs. As.

las normas y el sujeto contemporáneo encuentra libertad para manejar las formas de su vida sentimental? El “todo es posible en el plano del amor”; ¿no es acaso un código amoroso?; ¿o será que el amor, amenazado por el neoliberalismo y el puro hedonismo, se ha convertido dentro de la lógica del mercado en un objeto de consumo más? ¿Seguirá siendo amor? ¿Quién puede decirlo?

Recordemos que, en toda época, el matrimonio y la sexualidad han estado bajo control social pero únicamente el sentimiento amoroso permaneció libre de dichas ataduras. Ahora, en cambio, la sexualidad se ha liberado de las prescripciones normativas, se ha separado sexo y procreación; el psicoanálisis ha contribuido a desculpabilizar el placer sexual, el divorcio no escandaliza, pero lo que sí recibe condena social es la falta de deseo<sup>7</sup>. A pesar de las afirmaciones apocalípticas que declaran el fin de la familia —y, por lo tanto, del amor conyugal—, al abrir las puertas de nuestros consultorios comprobamos una y otra vez que el sueño de hoy sigue siendo un contrato social de pareja amorosa, en conjunción con el placer y el deseo, aunque se alcen voces que proclaman: “Ya no creo en el amor”.

La intimidad visceral de la naturaleza humana sedienta de amor se topa con ideales culturales de prescindencia y eficiencia; pero no deberíamos confundir los fracasos en el plano del amor con su extinción como búsqueda incesante... ¿Acaso, parafraseando a Kristeva, ignoramos los psicoanalistas que todas las historias acaban hablando de amor...?

Pero como queremos la felicidad a cualquier precio, el individuo ya no sacrifica su felicidad en aras de la familia como bien supremo. El amor supo regirse por la coerción social y religiosa, pero hoy, cuan-

do se enaltece la voluntad subjetiva y el mercado ofrece bienes infinitos que parecen al alcance de cualquier consumidor en busca de la felicidad, la duración del amor parece haber caído bajo un manto de sospecha cuando la intolerancia al dolor y a lo difícil de estar con otro sólo se concibe como una anomalía o una falla que debería erradicarse de la experiencia amorosa.

Encontramos también que se acuñan términos nuevos. Al desoldar el amor del matrimonio, la gente presenta a su *partenaire* como su compañero, su pareja, su otro significativo (*my significant other*), su novio, el chico o la chica con quien estoy, el saliente... ¿El lenguaje se abre lugar a nuevas formas del amor o el amor necesita inventar nuevos lenguajes?

Freud describió el amor como una pasión del Yo para distinguirlo de la pulsión. De ahí que nos propuso pensar el negativo del amor como indiferencia y no como odio. Al señalar las diferencias entre el amor tierno y el amor sexual, nos adentra en lo ineludible de aquel conflicto entre ambos, que lleva ora a la represión, ora a la escisión, a la inhibición, al síntoma o a la angustia. El territorio amoroso está tallado por las tendencias más diversas que incluso velan su naturaleza: cincelado por el deseo de posesión propio del ansia de poder, el transitivismo propio del narcisismo, el cuidado por el semejante, el apasionado amor romántico de las novelas del siglo XIX; e incluso el amor más puro: el amor de la madre por su primogénito, quien la completa en su imaginario anhelo fálico narcisista. Amores filiales, parentales, fraternos, homosexuales, genitales o infantiles.

Como no puede ser de otro modo, toda la fenomenología del amor se encuentra hoy vestida con las ropas de la época; aun ese “amor más puro” de la madre por su hijo nos interpela en su definición cuando nos topamos con la postergación del deseo de hijo en las mujeres que se acercan a la cuarentena, o incluso en el no

<sup>7</sup> Simmonet y otros (2004). *La más bella historia del amor*. FCE.

deseo de hijo que hoy ya no sucumbe a la condena social.

Si los estereotipos socioculturales de la feminidad y de la virilidad están en plena mutación, ¿cómo podrían no estarlo los modelos del amor! Los hombres son llamados a hacerle lugar a sus emociones, a amar, a ¿feminizarse?; las mujeres, sostenidas por la igualdad jurídica, son convocadas por un “empuje al hombre”. Al mismo tiempo, el colectivo LGBT reivindica, por un lado, los derechos y los símbolos de los héteros, como el matrimonio y la filiación, demandando nuevos términos: familias homoparentales, monoparentales e incluso, como leí recientemente, mono-parentales<sup>8</sup>.

Recordemos que Freud se ocupó explícitamente del amor en sus *Contribuciones a la psicología del amor*, allá por 1910, 1912. Freud encara, en “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, el viejo y vigente tema de la doble moral sexual del varón: cuando aman no desean, cuando desean no aman. Pero será en sus contribuciones sobre el amor de 1910 en las que dará la clave de la disociación del objeto en los hombres. Subrayemos: de los hombres, ya que sabemos que la mujer resultaba un enigma, ese oscuro continente del cual no puede saberse qué quiere una mujer. El deseo del hombre, nos dirá, está escindido entre dos objetos, la madre y la prostituta, escisión imaginaria de la madre como objeto prohibido, que permite la realización del amor tierno en la esposa-madre y la de los deseos sexuales incestuosos en la prostituta.

Sin embargo, la cultura actual nos permite proponer que esta doble moral del varón no es ajena a las mujeres de hoy, para quienes, a diferencia de lo propuesto un siglo atrás, la realización de su feminidad ya no la encuentran en la maternidad, esa “compensación” fálica de su castra-

ción, tener hijos, en lugar del falo anhelado. La mujer hoy no se resigna a su posición de amante, y es sobre todo allí donde encuentra su femineidad. “Ser una mujer no se reduce, evidentemente, a ser la amante, pero frecuentemente la amante la encarna” (Wechsler, 2003<sup>9</sup>). Y la amante es aquella en la cual el amor ocupa un lugar privilegiado, el de ser condición del deseo. “Por eso la presencia imaginaria de la Otra mujer, que poseería el misterio de la verdadera feminidad. De allí también la fuerza de la demanda de amor en las mujeres, ya que ella espera su ser femenino del hombre” (ídem).

Si femineidad y maternidad han dejado de ser sinónimos, comprendemos también que el amor materno, aquel amor más puro como lo calificaba Freud, ha dejado hoy también de ser un amor idealizado e incluso un ideal. Y nos resulta también inteligible el rol activo de las mujeres en la búsqueda amorosa. Las mujeres de hoy “encaran”, van al frente, desnudan su deseo en las redes, en Tinder, en su vestimenta...

A pesar de los cambios de paradigma respecto de hombres y mujeres, aun cuando éstas hayan ganado derechos y libertades, hoy seguimos encontrando en nuestros consultorios mujeres marcadas por los efectos del estrago amoroso que se presenta como un insoluble dilema entre la autonomía y la sujeción al amor del hombre. Posiblemente porque es en esas aguas donde sigue dirimiéndose el enigma —aunque adopte formas cambiantes— de la identidad femenina. Quizá por eso, también, no dejamos de observar perplejos la dificultad de tantas por desasirse de configuraciones en las que son destinatarias de violencia de género.

---

<sup>9</sup> “La moral sexual ‘cultural’ y la nerviosidad moderna. Desde dos posiciones femeninas”. Revista AEAPG (Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados), vol. 29.

---

<sup>8</sup> *El País*, 29/10/18.

Pero oigamos otras voces que se hacen escuchar en el terreno del amor y que nos remiten a la problemática de la diversidad sexual y el amor. Dice Emilce Bleichmar<sup>10</sup>:

La diversidad de articulaciones entre el género y la orientación sexual que en épocas anteriores eran secretos de alcoba, en la actualidad se estudian, como diría Laplanche en el capítulo de "Le sexuel", como la pluralidad más polimorfa. No estamos tan seguros de que lo "femenino" es atraído por lo masculino y lo "masculino" por lo femenino. Esto sólo se podría deducir si utilizáramos una matriz exclusivamente heterosexual para comprender el deseo. [¿Aceptamos que el Psicoanálisis es heteronormativo?, digo] Y, en realidad, esa matriz falsificaría algunos de los cruces *queer* en la heterosexualidad, cuando por ejemplo un hombre heterosexual feminizado quiere a una mujer femenina para poder ser "chicas juntas". O cuando mujeres masculinas heterosexuales quieren que sus hombres sean para ellas masculinos y femeninos a la vez. Los mismos cruces *queer* tienen lugar entre lesbianas y gays, por ejemplo, cuando dos *butch*<sup>11</sup> producen un modo lesbiano específico de homosexualidad masculina.

Esta cita nos introduce en el interés que nos presentan otros paradigmas para

abordar la cuestión que nos ocupa, a sabiendas, como decíamos, que los modelos culturales funcionan como ordenamientos pulsionales.

A la gran inestabilidad de los roles la acompaña una fluidez generalizada del teatro del amor, que contrasta con la fijeza de antaño. Pero ¿existe alguna invariante en esta modernidad líquida? ¿Podemos aún afirmar que la experiencia del amor comprende una dimensión íntima de lo humano, una construcción conjunta que conlleva un sistema de riesgos, misterios e invenciones?

Como ven, sólo se multiplican los interrogantes. ¿Hay acaso un Psicoanálisis de estos tiempos o, como sugiere Mariano Horenstein<sup>12</sup>, debemos siempre mantener como psicoanalistas alguna dimensión de inactualidad? ¿Cómo conservar un psicoanálisis de estos tiempos sin la letanía de "todo tiempo pasado fue mejor" ni una idealización acrítica del presente?

Si a esta altura esperan alguna respuesta, quizá sólo el título con el que encabezé esta presentación representa algo de lo que no tengo dudas: "¡Ay, amor!", porque el amor, adopte la forma que adopte, es una conjunción de sorpresa, dolor y exclamación. Y la infatigable tarea de seguir pensando, que no deja de ser un trabajo del amor.

---

<sup>10</sup> Recuperado de <https://goo.gl/gjDNVT> (29-10-2017).

<sup>11</sup> "Los términos *butch* ('machona') y *femme* (mujer) se emplean de manera frecuente para describir a lesbianas, aunque ocasionalmente también se emplean para hombres gays. (...) Las lesbianas *butch* tienden a demostrar la masculinidad mostrada por una mujer más allá de una marimacho (*tomboy*, en inglés). Una mujer *butch* podría compararse con un hombre afeminado en el sentido de que ambos están históricamente vinculados a las comunidades y estereotipos LGBT, sean o no los individuos en cuestión homosexuales. Las *femme* representan la parte femenina, tradicionalmente asociada a la mujer. También se conocen como *lipstick lesbian*". Recuperado de <https://goo.gl/3mq3k4> (29-10-2017).

---

<sup>12</sup> Mariano Horenstein. *La saludable peste del psicoanálisis* (Portal: [apcweb.com.ar](http://apcweb.com.ar)).